

REGLA

1

Asegúrate de que tienes amigas

Soltera al estilo de Georgia

—¡Solo quiero pasármelo bien! ¡Ahora estoy soltera y quiero divertirme! ¡¿Los solteros siempre os estáis divirtiendo, no?! ¿Cuándo vamos a salir de fiesta? —Está gritando, *gritándome*, por teléfono—. ¡Quiero pegarme un tiro, Julia! ¡No quiero vivir con tanto dolor, de verdad! ¡Quiero morirme! ¡Tienes que convencerme de que todo va a salir bien! ¡Tienes que sacarme de casa y recordarme que soy joven y que estoy viva y que voy a pasármelo en grande, o Dios sabe de lo que soy capaz!

El marido de Georgia, Dale, la había abandonado hacía dos semanas para irse con otra mujer, y como era obvio, estaba un poquito disgustada.

Eran las 8:45 de la mañana. Yo estaba en el Starbucks de la Cuarenta y Cuatro con la Octava, haciendo equilibrios con una bandeja de cartón con varios cafés en una mano, el móvil y la conversación en la otra, el pelo en la cara y los *mochachinos* grandes peligrosamente inclinados sobre mi pecho izquierdo, todo ello mientras le pagaba al guapísimo veinteañero de la caja registradora. Definitivamente, soy multitarea.

Ya llevaba cuatro horas levantada. Como publicista de una gran editorial de Nueva York, parte de mi trabajo es llevar a los escritores de entrevista en entrevista durante la promoción de sus libros, y esa mañana me tocaba ocuparme de Jennifer Baldwin, una escritora de treinta y un años. Su libro, *Cómo estar atractiva para tu marido durante el*

embarazo, se convirtió en un superventas en un abrir y cerrar de ojos. Las mujeres se apresuraban a comprarlo por todo el país porque, por supuesto, cómo estar atractiva para tu marido durante el embarazo debía ser la preocupación principal de cualquier mujer en ese periodo tan importante de su vida. Esa semana tocaba realizar la gira por los programas matutinos de mayor prestigio. A los de *Today*, *The View*, *Regis y Nelly*, la WPIX, la NBC y la CNN, sin ir más lejos, ¡les había encantado! ¿A quién podía no gustarle un programa que enseñaba a las mujeres embarazadas de ocho meses cómo hacer un striptease para sus maridos? En ese momento, la autora, su publicista personal y su agente literario me esperaban impacientes en el coche que tenía aparcado delante de la cafetería. Yo era la encargada de suministrarles su dosis vital de caféina.

—¿De verdad tienes ganas de suicidarte, Georgia? Porque si es así, voy a llamar ahora mismo a la policía y haré que te manden una ambulancia.

Había leído en alguna parte que cualquier mención al suicidio había que tomársela en serio, aunque estaba convencida de que lo que ella quería en realidad era asegurarse de que iba a sacarla de fiesta.

—¡Déjate de ambulancias, Julie! ¡Tú eres la organizadora, la que se encarga de que pasen cosas! ¡Llama a todos tus amigos solteros, a toda esa gente con la que siempre te diviertes! ¡Y salgamos a pasarlo bien!

Mientras continuaba mi número acrobático de camino al coche, me di cuenta de lo mucho que me cansaba pensar en todo aquello. Sin embargo, sabía que Georgia estaba pasando por una mala racha, que probablemente iría a peor antes de que empezara a mejorar. Así que...

Lo que había pasado era algo típico: Dale y Georgia tuvieron hijos, dejaron de tener sexo de manera regular y empezaron a pelearse. Se alejaron el uno del otro y, finalmente, Dale le dijo a Georgia que se había enamorado de una profesora de samba de veintisiete años («puta zorra rastreira») que había conocido en Equinox. Llamadme loca, pero creo que el sexo desenfrenado tuvo algo que ver en todo esto. Además, y no quiero ser desleal al decirlo, y jamás sugeriría ni por asomo que Georgia tenía parte de culpa, porque «Dale es un capullo» y ahora mismo «lo odiamos a muerte», pero no puedo evitar decir que Georgia nunca lo valoró lo suficiente.

Para ser justos, soy bastante crítica respecto al «síndrome de las esposas que no valoran a sus maridos». Cuando veo a un hombre que está chorreando y le entrega un paraguas a su mujer después de caminar cinco manzanas para recoger el coche y volver conduciendo hasta el restaurante sin que ella ni siquiera le dé las gracias, en serio, me pongo algo frenética. El caso es que me di cuenta de que Georgia no valoraba a Dale y daba por sentado que siempre seguiría con ella, sobre todo cuando le hablaba con «aquel tono de voz». Un tono de voz al que se le podrá llamar como se quiera, pero que en realidad es el desprecio de toda la vida. El tono del disgusto. El tono de la impaciencia. El tono equivalente a poner los ojos en blanco. Una prueba irrefutable de que el matrimonio es una institución tremendamente defectuosa se expresa con un simple «ya te dije que las palomitas de maíz están en la estantería *que está encima de la nevera*». Si se pudiera recorrer el mundo recogiendo ese tono de voz cada vez que saliera de la boca de los esposos y esposas insatisfechos y luego se llevara a algún desierto de Nevada para soltarlos allí, la tierra se hundiría sobre sí misma y se derrumbaría de pura irritación mundial.

Georgia le hablaba a Dale en ese tono de voz. Por supuesto, ese no fue el único motivo de su separación. La gente es irritante, y en eso consiste el matrimonio: días buenos y días malos. Aunque la verdad, ¿qué sé yo? Tengo treinta y ocho años y llevo soltera seis (sí, he dicho seis). Ni de castidad, ni fuera de circulación, pero sin duda soy, completa y oficialmente, una soltera de «otra vez de vacaciones y sola». Así que, en mis fantasías, pienso que siempre trataría bien a mi hombre. Nunca le hablaría de un modo desagradable. Siempre le dejaría claro que lo deseo y que lo respeto y que es mi máxima prioridad. Siempre tendría un aspecto atractivo para él, y sería dulce y, si me lo pidiera, haría que me creciera una cola de pescado y branquias, y nadaría sin sujetador con él en mitad del océano.

El caso es que ahora Georgia ha pasado de ser una esposa y madre medio satisfecha a convertirse en una madre soltera con dos hijos con tendencias suicidas. Y quiere... ¡fiesta!

Algo debe pasar cuando vuelves a estar soltera. Seguramente se activa alguna clase de instinto de conservación en plan lobotomía porque, de repente, Georgia ha viajado atrás en el tiempo hasta los veintiocho y quiere salir «ya sabes, de bares y eso, para conocer tíos». Y se

ha olvidado de que estamos al final de la treintena y de que algunas de nosotras llevamos haciendo eso sin parar desde hace años, y la verdad, yo no quiero salir y conocer *tíos*. No quiero pasar una hora con uno de los cacharros que tengo para alisarme el pelo y así sentirme lo bastante atractiva como para salir a beber. Quiero irme temprano a la cama para levantarme temprano para hacerme mi batido de frutas y salir a correr. Soy una maratoniana. No en el sentido literal, claro, solo corro cinco kilómetros al día. Pero como soltera, sé qué ritmo debo llevar. Sé lo larga que puede ser una carrera. Georgia, por supuesto, quiere empezar a utilizar niñeras y hacer un *sprint*.

—¡Tienes que pasártelo bien conmigo! ¡Es tu obligación! ¡No conozco a ninguna otra soltera más que a ti! ¡Tienes que salir conmigo! ¡Quiero salir con tus amigos solteros! ¡Vosotros siempre estáis saliendo! ¡Ahora que estoy soltera, yo también quiero salir!

También se olvida de que siempre me miraba con mucha pena cuando yo hablaba de mi vida de soltera antes de exclamar de corrido «diosquetristesparamorirse».

Pero Georgia hacía algo que el resto de mis amistades casadas o con pareja jamás hubieran hecho: agarraba el teléfono para organizar una cena y reunir a unos cuantos solteros para que los conociera, o en la visita del pediatra le preguntaba si sabía de algún hombre disponible. Estaba totalmente involucrada en mi búsqueda del Hombre Perfecto sin importarle lo cómoda y satisfecha que se sintiera con su vida. Por eso, esa mañana de viernes, mientras me limpiaba el café de la camisa blanca, acepté llamar a tres de mis otras amigas solteras para preguntarles si saldrían de fiesta con mi nueva y ligeramente histérica amiga soltera.

Soltera al estilo de Alice

Georgia tiene razón. Mis amigas solteras y yo no paramos de pasarlo en grande. De verdad. Dios, estar soltera es divertidísimo. Por ejemplo, dejadme que os hable de lo graciosa-hasta-reventar que es Alice. Se gana la vida con la miseria de sueldo que le pagan por defender los derechos de la gente menos favorecida de Nueva York frente a los jueces insensibles, los fiscales sin piedad y, en general, frente a un sistema

sobrecargado. Se dedica por completo a intentar ayudar a los menos afortunados dándole la vuelta al sistema, venciendo a sus oponentes y protegiendo nuestra Constitución. Y sí, de vez en cuando tiene que defender a un asesino o a un violador que ella sabe que es culpable y a quien a menudo consigue poner de vuelta en la calle. Vaya. A veces ganas y a veces... ganas.

Alice es abogada de oficio. Aunque la Constitución garantiza el derecho a tener un abogado, por desgracia no te garantiza que te defienda Alice. Para empezar, es preciosa. Lo que, por supuesto, es superficial, ¡a quién le importa! Pero el jurado que se sienta en esa sala pintada de verde industrial, con esas luces fluorescentes y ese juez de ochenta años que preside toda esa tristeza general, aprovechan cualquier placer estético al que puedan echar mano. Así que, cuando la sexy pelirroja de Alice te habla con su voz profunda y suave, y su acento mitad italiano, mitad Staten Island de «soy una más de vosotros pero más adorable», serías capaz de conducir hasta Sing Sing y liberar hasta al último de los presos si ella te lo pidiera.

Gracias a su escandalosa perspicacia legal y a su poderoso carisma clásico, se convirtió en la profesora de Derecho más joven de la Universidad de Nueva York. Alice salvaba al mundo de día y, por la noche, se dedicaba a inspirar a los estudiantes pijos para que se olvidaran de los bonitos despachos de Manhattan y de los chalets compartidos en los Hamptons, y trabajaran como abogados en el turno de oficio e hicieran algo importante. Tuvo un éxito impresionante. Puso de moda de nuevo la compasión y la desobediencia civil. Llegó a hacerles creer de verdad que ayudar a la gente es más importante que ganar mucho dinero.

Era una diosa.

Sí. He dicho *era* porque, bueno, en cierto modo estoy mintiendo. La verdad es demasiado dolorosa. Alice ya no es abogada de oficio.

—Es el único caso en el que admitiría la pena de muerte. —Alice, como maravillosa amiga que es, me estaba ayudando a llevar unos libros desde mi oficina entre la Decimoquinta y la Octava Avenida hasta una firma de libros en la Decimoséptima (el libro era *La guía del idiota para convertirse en un idiota* y, por supuesto, fue un éxito de ventas)—. La única excepción, en serio: cualquier hombre que saliera con una mujer de treinta y tres años hasta que ella tuviera treinta y ocho, y entonces descubriera que es un individuo con problemas para compro-

meterse; el que le diera a esa mujer la impresión de que no le disgustaba la idea del matrimonio o de pasar con ella el resto de su vida, que pasara todo ese tiempo diciéndole que iba a ocurrir, y que finalmente, un día, le dijera que en realidad le parecía que «el matrimonio no era para él».

Alice se llevó los dedos a la boca y soltó un silbido capaz de parar el tráfico. Un taxi giró para recogerlos.

—Abra el maletero, por favor —le dijo al conductor mientras me quitaba una de las cajas de libros para meterla con brusquedad en el maletero.

—Fue una putada —admití.

—Fue algo más que una putada. Fue un delito. Fue un delito contra mis ovarios. Fue un crimen contra mi reloj biológico. Me robó cinco valiosos años de procreación y eso se debería considerar un hurto mayor de maternidad, punible con el ahorcamiento.

Me arrancaba las cajas de los brazos y las lanzaba con violencia dentro del coche. Me pareció que lo mejor era dejar que terminara de hacerlo. Cuando acabó, nos dirigimos cada una a un lado del taxi y ella siguió hablando por encima del techo del coche sin detenerse ni a respirar.

—No pienso rendirme por esto. Soy una mujer fuerte. Yo tengo el control. Puedo recuperar el tiempo perdido. Puedo hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—Voy a dejar el trabajo y voy a empezar a tener citas.

Alice se metió en el taxi y cerró la puerta de golpe.

Yo entré algo confundida.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Al Barnes and Noble de Union Square —le ladró Alice al conductor. Luego se giró hacia mí—. Eso mismo. Voy a meterme en todas las páginas de citas. Voy a mandar un correo colectivo a todas mis amigas para que me concierten una cita con todos los solteros que conozcan. Voy a salir todas las noches y voy a conocer a alguien *ya*.

—¿Que vas a dejar tu trabajo para tener... *citas*? —De verdad que me esforcé por decirlo en un tono lo menos horrorizado y acusatorio posible.

—Exacto. —Movié afirmativamente y con fuerza la cabeza como si yo supiera de qué me estaba hablando—. Seguiré dando clases para ganar dinero, pero sí, básicamente ese va a ser mi nuevo empleo. Que lo sepas.

De modo que ahora mismo, mi querida Superwoman bienhechora, mi Xena la princesa guerrera, mi Erin Brockovich personal, mi amiga Alice, todavía se dedica a ayudar a los más desafortunados, aunque esta vez, la desafortunada es ella: una soltera de treinta y ocho años en Nueva York. Sigue intentando castigar «al malo», pero esta vez el malo es Trevor, que le arrebató todos esos valiosos años y que la ha hecho sentirse vieja, temerosa y poco atractiva.

Cuando alguien le pregunta a Alice qué hace con todo ese nuevo tiempo libre que antes utilizaba para impedir que encerraran a jóvenes que habían delinquido por primera vez en su vida (evitándoles así los horribles abusos propios de la prisión), suele soltar su discursito de: «Aparte de mirar Internet y las citas que tengo, procuro ir a todo lo que me invitan, a cada conferencia, reunión de almuerzo o cena de fiesta. No importa lo mal que me encuentre. ¿Recuerdas cuando tuve ese gripazo tan tremendo? Salí de casa y me fui a una noche de solteros que había en el New York Theatre Workshop. La noche siguiente a mi operación de la mano me tomé un ibuprofeno y fui a esa gran gala de beneficencia para la conservación de Central Park. Nunca se sabe cuál va a ser la noche en la que conocerás al hombre que te va a cambiar la vida. Pero también tengo aficiones. Hago a propósito lo que me encanta, porque ya sabes, cuando menos te lo esperas puede ser el momento en el que conoces a alguien».

—¿¡Cuando menos te lo esperas!? —le pregunté después de una de sus diatribas—. Alice, has dejado tu trabajo para dedicar tu vida a conocer a alguien. ¿Cómo va a ser «cuando menos te lo esperas»?

—Porque me mantengo muy ocupada haciendo un montón de cosas interesantes: kayak en el Hudson, escalada en Chelsea Piers, clases de carpintería en una de las tiendas de Home Depot (a las que tendrías que venir conmigo sin falta, por cierto, me construí una vitrina preciosa), y también estoy pensando en apuntarme a un curso de vela que organizan en el South Street Seaport. Me mantengo ocupada con cosas que me parecen interesantes, y así me engaño y me olvido de que lo que en realidad intento es conocer a tíos. Porque lo fundamental es no parecer desesperada. ¡Es *lo peor!*

Cuando le dice eso a la gente, suele parecer un poco perturbada, sobre todo porque no para de meterse pastillas antiácido en la boca mientras habla. A mí me parece que sus problemas de indigestión

vienen de un leve estado de reflujo ácido llamado «me aterroriza estar sola».

Así pues, ¿cómo no llamarla la primera cuando necesitaba salir con unas cuantas amigas y «divertirme»? Alice ya es básicamente una profesional del asunto. Se conoce a todos los camareros, los porteros, los *maitres*, los bares, los clubes, los locales poco frecuentados, las trampas para turistas y los garitos de Nueva York. Por supuesto, Alice se mostró encantada.

—Me apunto —me contestó—. No te preocupes. Nos aseguraremos de que mañana por la noche Georgia se lo pase como nunca.

Colgué el teléfono aliviada. Sabía que podía contar con Alice porque, a pesar de lo mucho que le había cambiado la vida, seguían gustándole las buenas causas.

Soltera al estilo de Serena

—Habrá demasiado humo. Ni hablar.

—Pero si ni siquiera sabes dónde vamos.

—Ya, pero seguro que habrá demasiado humo. Lo hay en todas partes.

—Serena, no se puede fumar en los bares de Nueva York. Está prohibido.

—Ya, pero me sigue pareciendo que hay demasiado humo. Y siempre hay mucho ruido en esos sitios.

Estamos sentadas en el Zen Palace, el único sitio al que he ido con Serena durante estos tres últimos años. A Serena no le gusta salir. A Serena no le gusta tomar queso, ni leche, ni plantas solanáceas, ni vegetales que no sean orgánicos, ni piña... Nada de eso le sienta bien por su grupo sanguíneo. Por si no lo habéis adivinado, Serena está muy muy delgada. Es una de esas preciosas y esqueléticas chicas rubias que se ven en las clases de yoga de todas las ciudades importantes de Estados Unidos. Trabaja como chef vegetariana para una familia de famosos de Nueva York, sobre la que no puedo hablar porque me hizo firmar un contrato de confidencialidad para no sentirse culpable cuando cotillea conmigo sobre ellos e incumple el contrato de confidencialidad que ella misma firmó en su momento. ¡Va en serio! Pero a efectos de

esta narración, pondremos que se llaman Robert y Joanna, y que su hijo se llama Kip. Para ser sincera, Serena no dice nada malo de ellos. La tratan muy bien y parecen apreciar su carácter amable, pero, por Dios, si Madonna almuerza en su casa y se vuelve loca por cómo cocina, Serena tiene que contárselo a alguien. ¡Es humana, al fin y al cabo!

Serena también es estudiante de hinduismo. Cree en la ecuanimidad de todas las cosas. Quiere ver la perfección divina en todos los aspectos de la vida, incluso en el hecho de no haber tenido ni una cita ni *nada* de sexo durante cuatro años. Ella lo considera una perfección, que el mundo le muestra que debe trabajar mucho en sí misma porque ¿cómo puedes ser una buena verdadera pareja hasta que no te hayas realizado por completo como ser humano?

Así que Serena no ha parado de trabajar en sí misma. Ha trabajado hasta tal punto en sí misma que en realidad se ha convertido en un laberinto humano. Siento lástima por el hombre que alguna vez se adentre en los pasillos serpenteantes y en los callejones sin salida que componen sus restricciones alimenticias, esquemas de meditación, talleres de nueva era, clases de yoga, régimen de vitaminas y necesidad de agua destilada. Si trabaja un poco más en sí misma, acabará convertida en una ermitaña.

Serena es esa amiga a la que siempre ves sola. A la que nadie más conoce. Aquella a la que si mencionas alguna vez de pasada, las demás amigas te preguntan: «¿Serena? ¿Tienes una amiga que se llama Serena?» Pero no siempre fue así. Conocí a Serena en la universidad, y era como los demás. Siempre fue un poco obsesivo-compulsiva, pero en aquella época era una rareza, no un estilo de vida. Conoció y salió con chicos a lo largo de la veintena, y también tuvo un novio durante tres años, Clyde. Era muy dulce y estaba loco por ella, pero Serena siempre supo que no era su elegido. Logró establecer una rutina agradable con él (por si no lo habéis adivinado, a Serena le encantan las rutinas). Le insistimos en que no le diera esperanzas, aunque nunca imaginamos que sería su última relación durante el resto de su vida libre de gluten. Después de Clyde se las apañó para seguir teniendo citas, no de un modo agresivo, sino solo cuando se presentaba la oportunidad. Sin embargo, cuando cumplió los treinta y cinco, como no había conocido a nadie que realmente le interesara, comenzó a centrarse en otros aspectos de su vida. Que es lo que, seamos justos, dicen a las mujeres

muchos de los libros de autoayuda que yo misma ayudo a publicar. Esos libros también te dicen que te quieras. De hecho, si se pudieran resumir todos los libros de autoayuda hasta dejarlos reducidos a una palabra, sería «quíerete». No sabría decir por qué, pero es algo que me irrita mucho.

De modo que Serena comenzó a concentrarse en otras cosas y empezó con las clases y todas esas dietas enloquecidas. A diferencia de Alice, al menos en términos de citas, Serena decidió dejarlo todo sin luchar mucho. Es algo peliagudo, la verdad, porque con esa decisión se deja de lado el sueño de encontrar al amor de tu vida. Claro que si se hace bien, puede ser que te relajes, que disfrutes de la vida, e incluso que consigas que tu luz interior reluzca con más fuerza y más brillo que nunca (sí, ¿qué pasa?, he mencionado la luz interior de alguien, después de todo estamos hablando de Serena). Pero, en mi opinión, esa estrategia, si se sigue de un modo equivocado o durante demasiado tiempo, puede hacer que tu luz se apague poco a poco, día a día. Puedes acabar sin sexo y sola. Y aunque crea que es muy exagerado dejar tu trabajo para empezar a tener citas, es mucho peor quedarse sentada esperando que el amor vaya a buscarte. El amor no es tan listo. De hecho, el amor no se preocupa en absoluto por tí. Yo creo que el amor está por ahí encontrando a la gente cuyas luces brillan con tanta fuerza que se pueden ver desde una lanzadera espacial y, sinceramente, en algún momento entre los lavados de colon y las clases de danza africana, la luz de Serena se apagó.

A pesar de ello, Serena tiene un efecto calmante para mí. Es capaz de escuchar con atención cuando me desahogo sobre lo mucho que odio mi trabajo, y lo hace con la paciencia de Gandhi. Además de los libros que ya he mencionado, también he ayudado a publicar obras como *¡Se acaba el tiempo! Cómo conocer y casarte en diez días con el hombre de tus sueños*, *Cómo saber si tu hombre te ama de verdad* y el tremendo éxito *Cómo ser adorable* (lo que se supone que es la clave para la felicidad femenina).

Crecí en Nueva Jersey, no muy lejos de aquí, solo a un puente o a un túnel de la ciudad de mis sueños. Me mudé aquí para ser escritora, luego pensé que quizá lo haría mejor como documentalista cinematográfica, y después estudié unos cuantos cursos de antropología, pensando que a lo mejor me mudaba a África y estudiaba a los

guerreros masáis o a alguna otra tribu casi extinguida. Me fascina la especie humana, y me encantaba la idea de documentarla de algún modo. Sin embargo, me di cuenta de que había heredado la fuerte vena práctica de mi padre. Me gusta la fontanería casera y saber que tengo un seguro médico, así que conseguí un trabajo en el sector editorial.

Pero ahora mismo, la emoción de poder permitirme comer todos los días ha perdido su atractivo inicial, y Serena me escucha en silencio mientras me quejo sin parar.

—¿Y por qué no dejas el trabajo?

—¿Y qué hago? ¿Conseguir otro trabajo en publicidad? Odio la publicidad. ¿Me quedo en el paro? Dependo demasiado de la paga de fin de mes como para convertirme en un espíritu libre.

—A veces hay que arriesgarse.

Si Serena, ¡Serena!, pensaba que yo estaba estancada, es que sin duda mi situación debía ser muy mala.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me refiero a que... ¿tú no querías ser escritora?

—Sí, pero no tengo un ego tan grande como para serlo.

Estaba un poco estancada en mi vida profesional. Mi «voz de la conciencia», en la que tanto confiaban los demás, solo conseguía convencerme a mí misma para que me olvidara de mis angustias, pero Serena me escuchaba todos los viernes quejarme de las frustraciones que me provocaba el trabajo como si fuera la primera vez que lo hacía.

De modo que pensé «¿por qué no?». Mis demás amigas siempre habían sentido curiosidad por Serena, de modo que, ¿por qué no convencerla de que saliera?

—La probabilidad de que salgamos mañana y conozcamos al hombre de nuestros sueños es prácticamente cero, así que, ¿para qué molestarse? —me preguntó antes de darle otro bocado a su hamburguesa de *tempeh* de soja.

A efectos prácticos, Serena tenía razón. Salgo de noche con la esperanza de conocer al tipo que me adorará durante el resto de mi vida. Digamos que lo llevo haciendo dos o tres veces por semana desde hace unos... quince años. He conocido a chicos y he salido con algunos, pero está claro que, a fecha de hoy, no lo he hecho con el hombre al que describiré como «el Elegido» en el gran libro de mi vida. Eso suma

en total un número increíble de noches en las que *no* he conocido al hombre de mis sueños.

Lo sé, lo sé. No salíamos solo para conocer a chicos. Salíamos para divertirnos, para celebrar que todavía éramos jóvenes (o al menos, no muy mayores) y que estábamos solteras y vivas en la mejor ciudad del mundo. Es curioso cómo, cuando finalmente conoces a alguien y comienzas a quedar con él, lo primero que haces es quedarte en casa y acurrucarte en el sofá, ¡pero si salir por ahí con tus amigas era muy divertido!

De modo que no pude discutirle nada a Serena. En general, el concepto de «salir» es algo defectuoso. Pero seguí con mi alegato.

—No vamos a salir para conocer chicos. Solo vamos a *salir*. Para demostrarle a Georgia que simplemente *salir* también es divertido. Salir al mundo, comer, beber, hablar, reír. A veces ocurre algo inesperado y, a veces, la mayoría de las veces, simplemente vuelves a casa, pero sales, ¿entiendes? ¡Sales! ¡Para ver lo que *puede* ocurrir! Eso es lo divertido.

Los argumentos sobre los beneficios de la espontaneidad y de lo desconocido no solían ser el modo de conquistar a Serena, pero aceptó por alguna razón desconocida.

—Vale, pero no quiero ir a ningún sitio con demasiado humo o demasiado ruido. Y asegúrate de que tengan comida vegetariana en el menú.

Soltera al estilo de Ruby

Y luego está Ruby.

Era sábado, a las dos de la tarde, y me había acercado al apartamento de Ruby para intentar que se apuntara a salir esa noche, y porque sabía que todavía estaría en la cama.

Ruby me abrió la puerta en pijama. Tenía el cabello alarmantemente despeinado, en un estado previo a un amasijo de rastas.

—¿No has salido de la cama todavía? —le pregunté preocupada.

—Sí, claro. Acabo de hacerlo —me contestó ofendida

Se dio la vuelta y volvió a su dormitorio. El apartamento estaba immaculado. No había ninguna de las habituales señales delatorias de

una depresión, como envases de helado llenos de mohó, donuts a medio comer o semanas enteras de ropa sucia tirada por todas partes. Era una deprimida muy limpia. Eso me dio esperanzas.

—¿Cómo estás hoy? —le pregunté mientras la seguía hasta el dormitorio.

—Mejor. Cuando me desperté, él no fue lo primero que me vino a la cabeza.

Se metió de nuevo en su cama mullida, blandita y floreada, y se tapó con el edredón. Parecía realmente cómoda, y comencé a pensar en echarme una siesta yo también.

—¡Estupendo! —respondí, a sabiendas de que aquello no había hecho más que empezar.

Ruby es una adorable morena de cabello largo, una criatura femenina y perfectamente voluptuosa, con un tono de voz susurrante y palabras siempre amables. Y le gusta hablar de sus sentimientos.

Se incorporó hasta quedar sentada.

—Lo primero que he pensado esta mañana es: «me siento bien». Ya sabes a lo que me refiero, a ese momento antes de que te acuerdes de quién eres y qué te ha pasado en la vida. Lo primero que pensé, en mi fuero interno, en mi cabeza, fue «me siento bien». Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Ya sabes que lo habitual es que abra los ojos y ya me sienta como una mierda. Como si me sintiera una mierda mientras dormía y despertarse no fuera más que una extensión del sueño, ya sabes. Pero esta mañana, lo primero que he pensado es: «me siento bien». Como si mi cuerpo ya no albergase más tristeza, ya sabes.

—Eso es... ¡genial! —le respondí con alegría. Quizá la cosa no estaba tan mal después de todo.

—Sí, bueno, claro, en cuanto lo recordé todo empecé a llorar y no pude parar de hacerlo durante tres horas. Pero creo que es una mejoría, ¿verdad? Me hizo ver que estaba mejor. Porque *Ralph* no se puede quedar en mis recuerdos con tanta fuerza, es que no puede. Pronto me despertaré y tendrán que pasar tres minutos antes de que comience a llorar por su culpa. Luego serán quince. Luego una hora, después todo un día, y terminaré por superar esto, ¿entiendes?

Me miró con aspecto de estar a punto de echarse a llorar otra vez.

Ralph era el gato de Ruby. Murió de un fallo renal hace tres meses. Desde entonces, me ha mantenido informada de las sensaciones físicas

de su profunda depresión. A mí todo esto me resulta especialmente difícil porque no tengo ni idea del motivo por el que alguien pone toda su energía emocional en algo que no te puede dar ni un masaje en la espalda. Y no solo eso: me siento superior a esa gente. Creo que cualquiera que tenga una mascota es en realidad más débil que yo porque, cuando le pregunto a cualquiera por qué quiere tanto a su mascota, siempre acaba contestando algo como: «es que no te puedes creer la de amor incondicional que *Beemie* me da». Bueno, pues fíjate, no necesito amor incondicional, ¿qué te parece? Necesito amor condicional. Necesito alguien que camine a dos patas, y forme frases, y utilice herramientas, y me recuerde que es la segunda vez en una semana que le grito por teléfono a alguien de atención al cliente cuando no me salgo con la mía y que «quizá debería hacérmelo mirar». Necesito que me quiera alguien que comprenda que dejarme las llaves dentro del apartamento tres veces por mes es «una de mis cosas que nunca va a cambiar», y que me quiera de todos modos. Y no porque se trate de un amor incondicional, sino porque me conozca de verdad y haya decidido que mi mente fascinante y mi cuerpo de vértigo quizá compensan perder un vuelo, o dos, porque me he olvidado el carnet en casa.

Pero esa no es la cuestión ahora mismo. La cuestión es que Ruby se niega a salir a tomar un café, a comprar, o incluso simplemente a dar un paseo conmigo, porque Ruby es un desastre a la hora de enfrentarse a un disgusto. Y no digamos ya si es de clase romántica. No importa lo bien que se lo haya pasado con un individuo, eso nunca compensará la cantidad de dolor y tortura a los que se somete cuando la relación no funciona. Se mire como se mire, no salen las cuentas. Pongamos que sale con alguien durante tres semanas, pues bien, tras la ruptura pasará dos meses desesperada y desesperando a todos los demás. Una locura.

Como soy una experta en la radiografía emocional de Ruby, puedo contar con exactitud lo que ocurre durante su descenso. Conocerá a alguien, digamos a un hombre, algo que no sea un felino. Le gustará. Saldrá con él. Su corazón se llenará con el montón de posibilidades y la excitación habituales de cuando, *por fin*, encuentras a alguien disponible, amable, respetuoso y al que parece gustarle.

Como ya he dicho, Ruby es atractiva; muy sensual, muy femenina. Puede ser inquisitiva y atenta, y una gran conversadora. Cuando los

hombres la conocen, les gusta por todas esas razones. Ruby es realmente buena en lo de tener una cita, y cuando mantiene una relación, está claramente en su salsa.

Sin embargo, esto es Nueva York, esto es la vida, y así va eso de las citas: a menudo, la cosa simplemente no funciona. Y cuando no lo hace, cuando Ruby se siente rechazada, por la razón que sea y sin importar el modo en el que se lo digan, comienza un proceso. Suele estar bien en el Momento del Disgusto, como ocurrió con Nile, que rompió con ella porque quería volver con su antigua novia. En el momento del impacto, se muestra filosófica. Una oleada de cordura y autoestima la recorre, y dice que ya sabía que no era lo que buscaba, que no se lo puede tomar como algo personal y que él se lo pierde. Unas horas más tarde, se irá alejando más y más de ese momento de claridad y comenzará a deslizarse hacia el Pozo de la Locura. Su amado, que hasta ese momento tenía un tamaño normal, crecerá más y más y más y, en cuestión de pocas horas, se convertirá en el monte Everest de todo lo deseable, y ella quedará desconsolada. «Él era lo mejor que le había pasado nunca.» «Nadie será tan bueno como él, jamás.» Y blablabla. Nile realizó el acto más poderoso que se podía hacer contra Ruby: la rechazó y ahora él lo es *todo*, y ella no es nada.

Estoy tan acostumbrada a ver a Ruby pasar por todo esto que intento estar siempre con ella durante esas breves horas críticas posteriores a un rechazo, para ver si puedo impedir que baje por las escaleras que la llevan a la Locura. Porque debo dejar claro que, una vez que baja, no se sabe cuándo va a subir de nuevo. Además, no le gusta quedarse sola allí abajo. Lo que le gusta a Ruby es llamar a sus amigas y describirles hasta el más mínimo detalle, durante horas, cómo es estar en el sótano de los sueños rotos. El papel de la pared, el tapizado, los mosaicos del suelo. No hay nada que hacer. No queda más remedio que esperar a que suba de nuevo.

Como es de esperar, después de unos cuantos años de estas subidas y bajadas, cada vez que recibo una llamada de Ruby para contarme que ha conocido a «un gran tipo» o que la segunda cita fue «muy muy bien», no es que me ponga a pegar saltos de alegría, y es que, insisto, las cuentas no suelen ser muy prometedoras. Si tres semanas dan como resultado dos meses de lágrimas, imaginad lo aterrorizada que estoy cuando Ruby celebra sus cuatro meses con alguien. Si acabase rom-

piendo con alguien después de vivir varios años con él... Bueno, no creo que le quede vida suficiente como para superarlo.

Por eso decidió adoptar a *Ralph*. Ruby estaba harta de llevarse disgustos. Mientras mantuviera las ventanas cerradas y las puertas sin entornar, *Ralph* jamás la abandonaría, y Ruby no volvería a llevarse un disgusto. Lo que ocurre es que no conocía la existencia de la insuficiencia renal crónica felina.

Y ahora... «*Ralph* fue el mejor gato del mundo.» «*Ralph* la hizo más feliz de lo que cualquier otro animal o humano hubiera sido capaz» y «no tenía ni idea de cómo iba a vivir sin él». A pesar de todo, consigue trabajar. Tiene su propio negocio como reclutadora de ejecutivos, con clientes que dependen de ella para sus trabajos de evaluación. Y, ¡Dios, gracias!, porque Ruby siempre se levantará de la cama para ayudar a alguien que necesite un buen puesto de trabajo alternativo. Pero un sábado por la noche no tiene nada que ver, Ruby no cede.

Hasta que le hablé de Georgia, de cómo su marido la abandonó por una profesora de samba, y de que está destrozada y quiere salir y sentirse bien con la vida. Ruby la comprendió de inmediato. Comprendió que hay momentos en los que no importa lo mal que te sientas, en los que tu deber es salir de casa y ayudar a engañar a una pobre soltera recién estrenada, a que se crea que todo va a ir bien. Ruby supo por intuición que se trataba de una noche de esas.

Soltera a mi manera

Para ser sincera, yo no es que esté haciéndolo mejor. Tengo citas, conozco a hombres en las fiestas y en el trabajo o me los presentan mis amigos, pero la relación nunca parece «funcionar». No estoy loca, ni salgo con locos. Simplemente la cosa no «funciona». Veo a las parejas por la calle y me entran ganas de sacudirlos por los hombros y suplicarles que me respondan a una pregunta: «¿Cómo lo habéis conseguido?» Es mi pregunta al oráculo, el misterio eterno. ¿Cómo lo hacen dos personas para conocerse en esta ciudad y que luego todo «funcione»?

¿Y qué hago yo al respecto? Me enfado. Lloro. Dejo de hacerlo, y luego, me animo, y salgo, y soy absolutamente encantadora, y me lo

paso bien tantas veces como puedo. Procupro ser buena persona, buena amiga y un buen miembro de mi familia. Procupro asegurarme de que no existe una razón inconsciente por la que sigo soltera. Y sigo adelante.

«Sigues soltera porque eres demasiado *esnob*.» Es la respuesta de Alice cada vez que sale el tema. Sin embargo, a ella no la veo casada con el hermoso caballero que trabaja en la frutería de la esquina de la Doce con la Séptima, y que parece estar fascinado por ella. Ella basa su opinión en que me niego a quedar por Internet. En los viejos tiempos, quedar por Internet se consideraba una vergüenza tremenda, algo que nadie admitiría jamás, ni muerto..., me encantaba esa época. La reacción que la gente tiene ahora cuando les dices que estás soltera y no intentas quedar por Internet es que, en realidad, no tendrás tantas ganas de conseguir pareja. Se ha convertido en la conclusión definitiva, en la prueba determinante de lo que estás dispuesta a hacer por el amor. Como si estuviera absolutamente garantizado que el Hombre Adecuado se encuentra en esas páginas de citas. Te está esperando, y si no estás dispuesta a pasar por mil quinientas horas de conexión, treinta y nueve cafés, cuarenta y siete cenas, y cuatrocientas treinta y dos copas, entonces... ¡es que no quieres!, ¡en realidad no tienes tantas ganas de conocerlo y te mereces hacerte vieja y morir sola!

«Creo que no estás realmente abierta al amor todavía. No estás preparada.» Esa suele ser la respuesta de Ruby. Ni siquiera voy a dignearme en contestar a eso, excepto para decir que no sabía que encontrar el amor se había transformado en algo equivalente a convertirse en un caballero *jedi*. No sabía que había que pasar por años de entrenamiento psíquico, superar pruebas metafísicas y saltar a través de anillos de fuego antes de conseguir una cita para ir a la boda de mi primo en mayo. Sin embargo, conozco mujeres que están tan chifladas que en cualquier momento podrían empezar a ladrar igual que perros y que, a pesar de eso, conocen a hombres que las adoran, unos hombres de los que, en su locura, están enamoradas. Pero eso no importa.

Mi madre cree que estoy soltera porque me gusta ser independiente, pero habla del tema muy poco. Procede de una generación en la que creían que en la vida no les quedaba más opción que casarse y tener hijos. No había más posibilidades. Así que le parece genial que yo esté soltera y que no tenga que depender de un hombre. No creo que mis

padres tuvieran un matrimonio feliz y, tras la muerte de mi padre, mi madre fue una de esas viudas que, por fin, empezó a hacer todo lo que quería: clases, vacaciones, partidas de *bridge*, grupos de lectura... Ella creyó que me estaba haciendo un favor cuando era niña al recordarme que no necesito un hombre para ser feliz. Puedo hacer lo que quiera y ser quien quiera, sin un hombre.

Y ahora, ahora no me atrevo a decirle que no soy del todo feliz estando soltera. Y que, si quieres ser la novia o la esposa de alguien y eres hetero, *necesitas* un hombre (lo siento, mamá). No se lo digo porque sé que se preocuparía. A las madres no les gusta ver tristes a sus hijos. De modo que procuro evitar cualquier referencia a mi vida amorosa y ella tampoco me pregunta. Ninguna de las dos quiere saber o revelar nada sobre una infelicidad incómoda.

—Venga ya —me dice Serena, que es mi amiga más antigua—. Está muy claro. Saliste con tipos malos hasta la mitad de la treintena, y ahora que has recuperado el sentido común, los buenos ya están pillados.

Correcto.

Mi último novio, hace seis años, fue el peor de todos. Hay tipos con los que sales que son tan malos que cuando cuentas lo que te ha pasado con ellos, lo que dices habla tan mal de ellos como de ti. Se llamaba Jeremy y salimos durante dos años turbulentos. Decidió romper nuestra relación no asistiendo al funeral de mi padre y no he vuelto a saber de él desde entonces.

Desde entonces, nada de tipos malos. Pero tampoco nada de grandes amores.

Georgia comentó el asunto de los motivos por los que estoy soltera una noche especialmente oscura, solitaria y llena de tristeza.

—Por Dios, es que no hay motivo alguno. Es una putada y ya está. Eres amable, guapa y tienes el mejor pelo de todo Nueva York. —La verdad es que lo tengo largo y rizado, y aun así nunca se me encrespa, y cuando me lo aliso me queda igual de bien. Tengo que admitir que es mi mejor rasgo—. Estás buena, eres inteligente, divertida y una de las mejores personas que conozco. Eres perfecta. Deja de hacerte esa pregunta de mierda porque no existe ninguna buena razón para que el hombre más atractivo, amable y encantador de Nueva York no se enamore locamente de ti ahora mismo.

Y por eso quiero tanto a Georgia, y por eso ese fin de semana organicé una salida con mi desigual grupo de amigas para hacerla sentir que merece la pena vivir la vida. Porque al final del día, llega la noche, y en Nueva York, si hay noche, hay vida nocturna, y mientras haya vida, como dirían la mayoría de los optimistas, hay esperanza. Y sí, deduzco que es una parte importante de cómo estar soltera: la esperanza. Los amigos. Y asegurarte de que sales de tu maldito apartamento.